

# Educación y cultura como palancas del desarrollo

Juan Ramón de la Fuente

Aprecio en verdad la ocasión que se me brinda de ocupar hoy esta tribuna, espacio en el que se rinde homenaje permanente a la memoria, a la persona y a la obra de uno de los más grandes escritores del siglo xx.

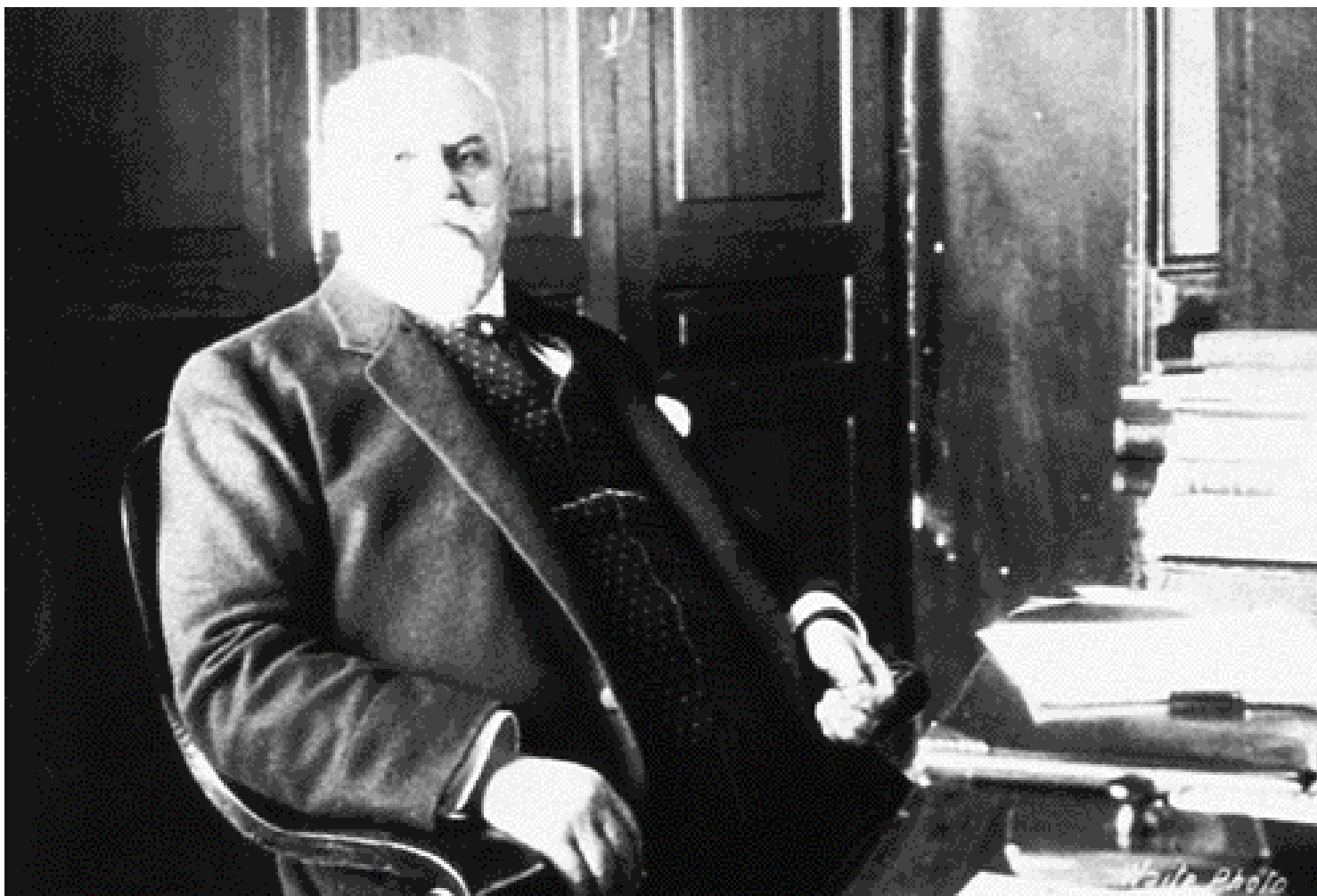
Esta Cátedra, iniciativa de otros dos de los más grandes de nuestras letras, Carlos Fuentes y Gabriel García Márquez, ha sido configurada y enriquecida por quienes me han antecedido, intelectuales, científicos, artistas y estadistas de primera línea. Si hoy tengo el honor de compartirla con ellos, es quizá porque el tema del cual me ocuparé es toral para entender los problemas que nos agobian, y común a los anhelos de superación que nos unen.

Así como Cortázar asumió plenamente su papel de intelectual comprometido con las causas más nobles de los pueblos de nuestro continente, hoy tenemos la obligación de analizar con rigor, en el contexto de un mundo cada vez más interdependiente, las causas que nos impiden avanzar por los senderos del desarrollo no sólo con crecimiento, como tanto se ha dicho, sino sobre todo, con justicia y equidad. Y es que Latinoamérica se caracteriza por ser hoy una de las regiones con mayor desigualdad. Ciertamente hay más democracia, hay más libertad, pero el magro crecimiento y la incapacidad del Estado para distribuirlo, definen el ominoso signo de estos nuevos tiempos latinoamericanos: la desigualdad.

Cortázar, que en un agobiante amanecer, según nos dice, abrió los ojos a una realidad brutal, decide hablar no ya sólo en primera persona, sino en un solidario nosotros, porque:

No se puede ya trabajar por el bien de nuestros pueblos —continúa— sin esa participación activa de todo artista que se precie de serlo. Sólo las obras que la trasuntan, aunque sean obras de pura imaginación, aunque sólo inventen la infinita gama lúdica de que es capaz el poeta, el novelista, el pintor o el músico, aunque no apunten directamente a esa transformación en lo histórico, sólo ellas contendrán de alguna manera ese temblor, esa presencia, esa atmósfera que las hace reconocibles y entrañables, que despierta en su público un sentimiento real de contacto, de cercanía y, muy especialmente, de complicidad.

Nada es tan cierto como valernos de nuestra literatura para conocernos mejor en muy diversos planos. ¿O qué acaso no requieren de *Pedro Páramo* o de *La muerte de Artemio Cruz* la conformación y la confirmación de eso que llamamos los mexicanos nuestra identidad? Los creadores y su público configuran una sola imagen de trascendentes consecuencias. “Hoy no tengo duda de que escribir es actuar, es abrir brecha”, apunta



Justo Sierra

Cortázar. Es decir, la cultura representa para él una manera directa de explorar lo que nos ocurre, de interrogarnos sobre las causas por las cuales nos ocurre y, en no pocas ocasiones, de ayudarnos a encontrar caminos que nos permitan seguir adelante.

Cuenta José Vasconcelos en *El desastre* que, cierto día, al descubrir en las calles del centro de la ciudad a tantos jóvenes pordioseros, sintió: “Una aguda punzada en el corazón al grado que he estado tentado —dice— a acercarme a pedirles perdón y a jurarles que a partir de este momento sólo escribiré y repartiré libros para ellos”. Y agrega: “Si en un niño o en un adulto es trágica la falta de educación, lo es aún más en un adolescente”.

Por eso Vasconcelos señalaba que había que empezar por el principio. Seguramente también por eso fue que en el terreno de la alfabetización nuestro país consiguió en aquellos años logros muy estimables. Se trató de un plan de “emergencia patriótica” y hubo que proceder como en víspera de una guerra o frente a una calamidad como la peste. Y aún, agrega Vasconcelos:

Peste es la ignorancia y la mentira que enferma y violenta el alma de los mexicanos. Sólo la educación atemperará la violencia innata de los hombres. Sólo la educa-

ción nos hará libres. Por eso, la mejor acción patriótica consiste hoy en que, todo el que sabe leer, le enseñe al que no sabe.

Los libros eran los fusiles de aquella nueva y difícil batalla educativa que evitaría, se decía, un nuevo estallido social. Cuenta Daniel Cosío Villegas —quien también participó activamente en la cruzada alfabetizadora— cuando acompañó a Carlos Pellicer un domingo a una de las zonas más pobres de la ciudad:

Desde el patio central de una vecindad llamamos a gritos a los inquilinos para rogarles, suplicarles casi, que bajaran un momento con sus esposos o esposas y sus hijos, porque les íbamos a regalar unos cuadernos, unos lápices y a recitarles unos poemas. Bajaron y entonces Carlos Pellicer les dijo que él era poeta y escribía unos versos muy sentidos que iba a leerles. Captada la atención del auditorio, sacábamos nuestros abecedarios, mostrábamos las distintas letras del alfabeto, su pronunciación y su valor, para concluir explicando cómo varias letras formaban una palabra y varias palabras una oración. Al cabo de dos o tres horas de estos ejercicios, Pellicer les preguntaba a qué hora del sábado y del domingo siguiente les convenía reunirse de nuevo para proseguir

sus lecciones, y a la cita convenida acudíamos puntualmente, dividiéndonos después el creciente auditorio entre Pellicer y yo.

Estos testimonios nos hablaban del profundo compromiso que una generación de intelectuales mexicanos estableció con su país, con la firme convicción de que la educación y la cultura constituyen la palanca más poderosa para contribuir al desarrollo económico y social de nuestros pueblos. Esa generación de intelectuales, se echó al hombro la tarea de impulsar un proyecto educativo cuyos ecos aún retumban en las paredes de muchas de las escuelas de nuestro país.

El proyecto educativo puesto en marcha tuvo como punto de partida la idea de la educación como un proceso integral, que Justo Sierra definió en su discurso inaugural de la Universidad Nacional de México en 1910:

Todo problema, ya social, ya político, tomando estos vocablos en sus más amplias acepciones, implica necesariamente un problema pedagógico, un problema de educación. Porque ser fuerte es, para los individuos, resumir su desarrollo integral: físico, intelectual, ético y estético, en la determinación de su carácter.

El gran tema de la educación continúa vigente porque se encuentra en la raíz de muchos de los problemas que viven nuestros países. Su gran importancia radica

no solamente en generar y transmitir conocimientos, porque educar es ante todo formar personalidades, constituir a los sujetos éticos y políticos que habrán de asimilar y digerir todo un orden cultural y moral en el que los conocimientos adquiridos tengan una pertinencia y un sentido. Educar es forjar seres humanos libres, sensibles, autónomos, críticos y creativos, comprometidos con la comunidad a la que pertenecen, aptos para el ejercicio responsable de la democracia, así como para enriquecer y dar continuidad a la tradición cultural en la que están inmersos. Habría que agregar que, frente a la incalculable cantidad de información a la que estamos expuestos cada día, hoy se vuelve también crítico desarrollar la capacidad para discernir cuáles son aquellos conocimientos que nos pueden ayudar a incidir más decisivamente en nuestro propio destino.

Si lo esencial en la política es dar respuestas a los problemas de la sociedad, entonces, hoy más que nunca en nuestros países, la política debe centrar su mirada en la educación y, en consecuencia, es pertinente detenerse unos minutos e intentar una reflexión ponderada sobre las condiciones de la educación y la cultura, no sólo dentro del análisis de los grandes problemas nacionales, sino también, como parte de las grandes alternativas que la sociedad y la política tienen para transformar nuestra realidad.

Vivimos, se dice, en la era del conocimiento. La nuestra es la sociedad del conocimiento. Pero la verdad es que los conocimientos hoy en día no sólo se generan y se consumen: se aplican, se patentan, se exportan, se importan y ocurre que, el diez por ciento de la población mundial genera y controla el noventa por ciento de todos los conocimientos de los que disponemos. Eso explica por qué el veinte por ciento de la población mundial controla el ochenta por ciento de la producción global; y eso explica también, por qué los Estados Unidos transforman hábilmente la fuga de cerebros en bienes de importación, y contratan para sus centros generadores de conocimientos a más de cuatrocientos mil científicos, tecnólogos e ingenieros de Europa, Asia y América Latina.

Un reciente informe de la UNESCO, *Vers les sociétés du savoir (Hacia las sociedades del saber)* se refiere a la Tercera Revolución Industrial, sustentada en las tecnologías de la comunicación y de la información y, de las cuales, internet es el símbolo. En efecto, a la radio le tomó treinta y nueve años tener una audiencia de cincuenta millones de radioescuchas; a la televisión le tomó trece años tener una audiencia similar; a la red (internet) le tomó cinco años. En el año 2000 había trescientos millones de usuarios de internet y el año pasado eran ya poco más de ochocientos millones. Pero en el mundo somos seis mil cuatrocientos millones de personas. La distribución inequitativa del acceso a esta herramienta

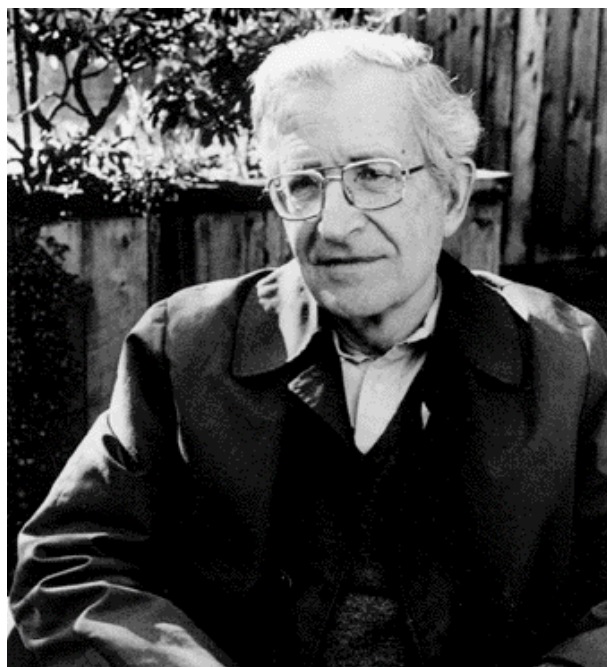


José Vasconcelos

es dramática: en los países más avanzados, en los que se concentra el quine por ciento de la población mundial tienen acceso a internet más del ochenta por ciento de las personas; mientras en el resto del mundo, donde se concentra el ochenta y cinco por ciento de la población mundial, sólo el doce por ciento, en promedio, tiene acceso a la red.

“Saber es poder”, rezaba la conseja popular de los maestros vasconcelistas, sin imaginar que los centros del poder económico harían de ella una realidad inmovible. Hace unos años, al revisar los registros de patentes en el mundo se pudo constatar que mientras una sola empresa, la IBM, había registrado dos mil setecientos cincuenta y seis patentes, ciento treinta y cuatro países del mundo —incluidos todos los latinoamericanos— habían registrado en ese mismo año solamente dos mil seiscientos cuarenta y tres patentes. No hay duda: la concentración del capital está cada vez más ligada a la concentración del conocimiento, y viceversa. En el año 2000, el capital acumulado por los tres hombres más ricos del mundo, que tenían fuertes inversiones en empresas líderes en el desarrollo de tecnologías novedosas, superaba al producto interno bruto de los cuarenta y ocho países más pobres del planeta.

Pero el asunto va mucho más allá, no se trata sólo de señalar que hay países ricos y países pobres, sino también de analizar qué están haciendo unos y otros con su dinero. Mientras el ingreso de los países ricos es cuarenta y dos veces mayor que el de los países pobres, su gasto en investigación y desarrollo es doscientas veinte veces mayor. Seguramente su economía seguirá aumentando aceleradamente en los próximos años, porque están invirtiendo en generar nuevos conocimientos, que habrán de traducirse en nuevas patentes, en nuevos desarrollos tecnológicos y en mayor riqueza. Hoy se estima que el conocimiento se duplica cada cinco años y que aproximadamente el noventa por ciento de todo el conocimiento actual se generó en los últimos treinta años. Varias de las economías que entonces eran pequeñas y que hoy son realmente poderosas, corresponden a países que en las últimas décadas tuvieron entre otras una constante: el incremento gradual y sostenido en su



Noam Chomsky

gasto en educación y en particular en educación superior e investigación científica. Tomando en consideración el número de graduados con educación superior como porcentaje de la población, Corea del Sur pasó —por ejemplo— en ese lapso, del vigésimo tercer al cuarto lugar.

Mientras los países europeos se comprometen a destinar el tres por ciento de su Producto Interno Bruto a investigación y desarrollo, para poder competir con los Estados Unidos, con Japón y con las llamadas economías asiáticas recientemente desarrolladas, ¿en México logramos reducir en los últimos cinco años el gasto en ciencia y tecnología del 0.4 al 0.36 por ciento del PIB!, según lo ha documentado la Academia Mexicana de Ciencias.

No debe pues, extrañarnos, el último informe del Foro Económico Mundial. En el índice de competitividad México pasó del lugar cuarenta y ocho en 2004 al lugar cincuenta y nueve en 2005, mientras que nuestros principales socios en el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (Estados Unidos y Canadá) ocupan, respectivamente los lugares primero y décimo tercero.

Las crisis son superables cuando hay voluntad,  
certidumbre en el rumbo, claridad en las metas,  
inteligencia, una buena dosis de audacia,  
y un balance fino, muchas veces imperceptible,  
entre la prudencia y la firmeza.

Por cierto que en los Estados Unidos hay una creciente preocupación en los sectores académicos, pues “solamente” están destinando novecientos dólares por habitante en investigación y desarrollo; en México destinamos catorce dólares por habitante. En España se destinan cuatrocientos diez dólares por habitante.

Se estima que existen en el mundo del orden de nueve mil quinientas universidades registradas, pero solamente hay poco más de cien millones de jóvenes estudiando en ellas, y cuando vemos cuál es su distribución por país, los contrastes y las desigualdades nos muestran, una vez más, el drama de la desigualdad.

Los países nórdicos, que van muy bien, tienen tasas impresionantes de cobertura en educación superior para jóvenes entre dieciocho y veinticuatro años: Islandia ochenta y tres por ciento; Suecia ochenta por ciento; Finlandia setenta y cinco por ciento. Sigue otro bloque —según datos del año pasado de la OCDE— Estados Unidos sesenta y tres por ciento, Inglaterra cuarenta y ocho por ciento, Francia cuarenta y uno por ciento. Al final de la lista, Turquía y México con veintitres por ciento.



Alfonso Reyes

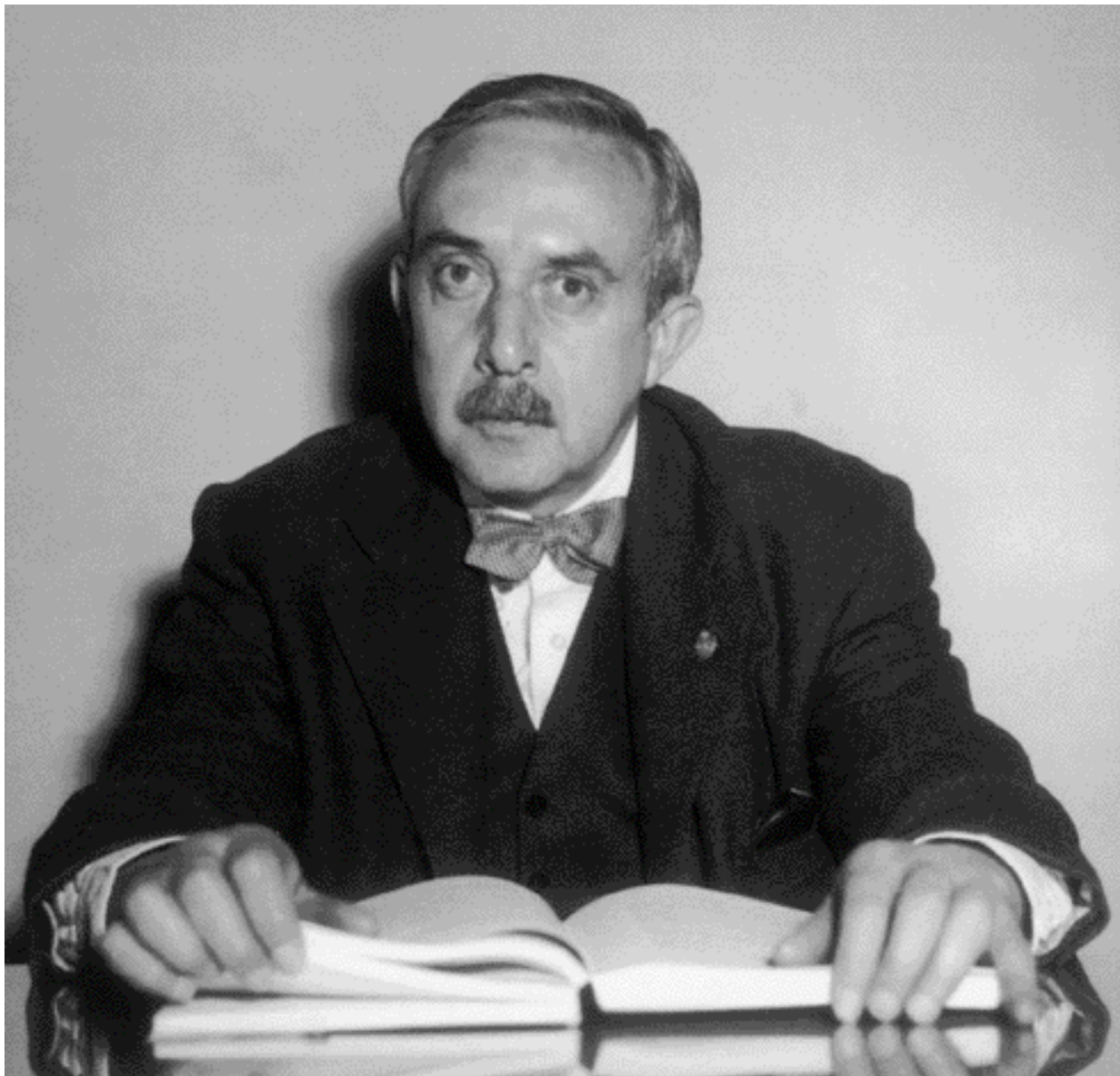
Si tomamos en cuenta el desplome que ha tenido nuestro país en los últimos años en los diversos indicadores internacionalmente aceptados, y en algunos de los cuales ocupamos posiciones inadmisibles, considero que no es menor el esfuerzo que hacemos muchas universidades públicas en México, y lo ilustra en forma clara el hecho de que la UNAM esté entre las cien mejores del mundo y ocupe el lugar número veinte en el campo de las humanidades y las artes, por encima de todas las universidades españolas y latinoamericanas, y por arriba también de universidades norteamericanas y europeas prestigiadas como las de Liverpool, París 1 Panthéon Sorbonne, la del Sur de California, La Sapienza, Frankfurt, Georgetown, Bologna, Shanghai, Notre Dame, y Tel Aviv, entre otras.

Por otro lado, superar en ciencias a Universidades como las de Washington y Penn State, Hamburgo, Durham, Estrasburgo o Nagoya no es tarea sencilla, y ocupar la posición noventa y dos según el *Times* de Londres (Higher Education Supplement, 2005) muestra nuestro verdadero potencial.

Más allá, sin embargo, del significado que cada quien quiera darle a estas clasificaciones internacionales, que son también una expresión de la globalización, lo que me parece fundamental es resaltar que nuestra Universidad ha vuelto a ser un buen referente para el país. Superó una crisis severa, logró reconstituir su tejido social, recuperó credibilidad y prestigio, y se dio a la tarea de reformarse así misma y actualizar su oferta educativa. Las voces que ya anunciaban su colapso han enmudecido todas, una a una. No se trata de festinar los avances, sino de reconocer los hechos, y asimilar las duras lecciones de la vida en los individuos, las instituciones y las naciones. Las crisis son superables cuando hay voluntad, certidumbre en el rumbo, claridad en las metas, inteligencia —toda la que se pueda— una buena dosis de audacia, y un balance fino, muchas veces imperceptible, entre la prudencia y la firmeza.

Algo que me parece trascendente, y por eso lo subrayo, es que en países como el nuestro, la Universidad pública nos ayuda a mantener nuestra identidad, más allá de nuestra bandera y nuestro himno nacional. Hace algunos años, en este mismo Foro, Noam Chomsky destacaba, como consecuencia de la llamada modernización educativa, precisamente, la pérdida de la identidad nacional y del horizonte histórico, que no es otra cosa —decía— sino el reconocimiento e identificación de donde se vive, en un mundo desigual, donde unos cuantos individuos y países concentran la riqueza y se oculta la pobreza o se hace de la misma objeto de piedad.

Otra de las funciones esenciales de la Universidad contemporánea, también ineludible, consiste en asumir su papel como contrapeso a los fundamentalismos que



Daniel Cosío Villegas

hoy se erigen como una de las grandes amenazas de nuestro tiempo: fundamentalismos económicos, étnicos, religiosos o ideológicos. Lo contrario al pluralismo, al respeto de lo diferente, al reconocimiento de las minorías, a la esencia del espíritu universitario.

Pero, desde luego, las formulaciones genéricas no bastan. Hay que analizar, simultáneamente, la educación del futuro y el futuro de la educación ¿es realmente la educación la clave para abatir la desigualdad? pienso que por lo menos es uno de tres ejes, los otros dos son la salud y el empleo. Si no se puede alcanzar la igualdad en los ingresos, al menos debe alcanzarse en el pleno acceso a esos tres derechos sociales.

Uno de los diálogos más interesantes de los últimos tiempos fue el que sostuvieron el Premio Nobel de Economía Amartya Sen y el influyente filósofo norteamericano John Rawls bajo el tema *Equality of what*, y del cual se desprenden conceptos claves para entender cómo actúa la cultura en el desarrollo. “La equidad —convienen— contribuye por partida doble a la

reducción de la pobreza y por el contrario, una marcada desigualdad de oportunidades tanto a escala nacional como internacional es el factor que más contribuye a mantener la pobreza extrema”. También resulta interesante el reciente Informe del Banco Mundial sobre las Bases para el Desarrollo 2006, elaborado por Francisco Ferreira, Michael Walton y François Bourguignon, donde puntualmente señalan que “las instituciones inequitativas imponen altos costos económicos. Suelen proteger los intereses de personas influyentes en detrimento de la mayoría y, por esa causa, la sociedad en su conjunto se torna más ineficiente”. Es de valorarse que el Banco Mundial pondere y reconozca la importancia de conceptos tales como equidad y desigualdad. Ahora bien, donde no parece haber duda, es en que la estrategia para el desarrollo, cualquiera que ésta sea, pasa forzosamente por la educación.

Creo firmemente que el proyecto educativo que requiere México sigue siendo, ante todo, un proyecto social. Si se acepta que la educación, y sobre todo la

# La educación y la cultura constituyen la palanca más poderosa para contribuir al desarrollo económico y social de nuestros pueblos.

universitaria, es el más poderoso instrumento de transformación de la sociedad, de lucha contra la marginación, de solidaridad y tolerancia, habrá que aceptar entonces que el conocimiento debe ser elemento de cohesión social y no sólo de realización personal.

Una fuerte tendencia impulsada desde los grandes centros del poder mundial pretende subordinar la educación a las modas económicas en boga, a los principios de lucro mayor, y medir la productividad de las instituciones educativas estrictamente sobre bases financieras, “como si el signo estampado sobre cada cuerpo y cada alma fuera el precio —habría dicho Octavio Paz—, porque las leyes del mercado se aplican lo mismo

a la propaganda política que a la literatura, a la belleza corporal y a las obras de arte”. ¿Dónde queda la educación frente a este panorama?

Lázaro Cárdenas decía que “para educar a un pueblo se precisa actitud moral de los hombres del poder” y en el contexto actual, por lo que hemos visto, cobra más vigencia que nunca la frase lapidaria de Salvador Allende: “gobernar es ante todo educar”. El Estado no puede, pues, eludir su responsabilidad con la educación pública, laica y de calidad.

Grave error sería dejar que los mercados definan y orienten el rumbo de la educación. Sus primeras víctimas serían, sin duda, las humanidades y las artes; le seguirían las ciencias sociales y las ciencias básicas; desaparecerían la autonomía de las universidades, y la libertad de cátedra y de investigación; perderíamos nuestra identidad y borraríamos de nuestra memoria que somos un país multiétnico y pluricultural, por mencionar los primeros daños.

En un discurso memorable en Nueva York, Václav Havel decía:

Hay que escuchar detenidamente las voces de los poetas y tomarlas muy en serio, quizá mucho más en serio que las voces de los agentes de bolsa. Pero no podemos esperar que el mundo se transforme en un poema de la mano de los poetas. Si la humanidad quiere sobrevivir, el orden político tiene que ir acompañado de las diversas esferas de la cultura, de los valores y de los imperativos morales básicos, que son los únicos cimientos sólidos para la coexistencia en este mundo globalmente conectado.

En medio del vórtice de esperanzas y titubeos de nuestro país, en momentos decisivos como los que estamos viviendo, en los que aún las disyuntivas parecen borrosas, acaso hoy más que nunca sea necesario precisamente el fortalecimiento de las instituciones dedicadas a la educación, a la ciencia y la cultura, así sea con el fin de mantener viva la utopía que ha estado presente en los mejores momentos de nuestra historia: la utopía educativa que ha hecho posible mucho de lo que hoy más vale para nuestros países. **U**

---

Cátedra Latinoamericana Julio Cortázar, dictada por el doctor Juan Ramón de la Fuente el 11 de marzo de 2006 en la Universidad de Guadalajara.



Carlos Pellicer